

Sueño de una noche de verano



SAÚL YURKIEVICH

Plenilunio. Arrobados por dioses voluptuosos, los púberes se entregan con delicia a los reclamos de cuerpo y alma. Una atracción unánime los liga y enlaza, y sin reticencia se aman. En arrebatadas y lascivas nupcias, las vírgenes regalándose y los donceles impulsados a poseerlas, se acarician, besan, lamen y penetran. Así se solazan y satisfacen durante la demorada, la gozosa noche en que reina el reclamo. Tanta porfía, tanto embate los van apaciguando, y exhaustos y anudados por fin se duermen. Cuando la claridad vuelve a iluminar el bosque, los primeros gorjeos trinan y la tenue bruma se disipa. Los adolescentes despiertan con el sol en el rostro. Las diosas entretanto restablecieron los hímenes rasgados. Muchachos y muchachas recobran su virginidad. El velo del olvido borra la memoria de la celebración. Pero todos han sido iniciados y guardan sin saberlo el fruto de ese aprendizaje primicial. Cualquier llamado puede despertar la poderosa pericia. Ahora, inadvertidamente para ellos, son los potentes atentos a toda inminencia.